

LECTIO DIVINA

17 de agosto 2025

XX DOMINGO ORDINARIO**Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.****Jer 38,4-6.8-10****Sal 39****Heb 12, 1-4****Lc 12, 49-53**

¿Cómo vivimos, en nuestra vida diaria, la decisión que tomamos al ser bautizados? ¿Nos han dominado la monotonía, el cansancio y la complacencia, y caminamos sin entusiasmo, sin alegría y sin pasión? La Palabra de Dios que se nos ofrece hoy nos invita a despertar, a escuchar de nuevo su llamada, a redescubrir la misión profética a la que estamos llamados, a retomar nuestro camino siguiendo a Jesús, a reafirmar nuestro compromiso con la construcción del Reino de Dios.

La **primera lectura** nos narra los sufrimientos que el profeta Jeremías tuvo que afrontar por su fidelidad a la misión que Dios le confió. Hombre sensible y bueno, impredecible para la confrontación y la hostilidad, Jeremías tuvo que denunciar, derribar falsas esperanzas, sembrar la alarma social, para que la Palabra de Dios llegara al corazón de sus contemporáneos. Odiado por todos, castigado por los líderes, Jeremías cumplió, sin embargo, su misión. No estaba solo: Dios lo acompañó, lo confortó y lo salvó. Dios nunca abandona a sus profetas.

En el **Evangelio**, Jesús describe a sus discípulos la misión que recibió del Padre: «*He venido a traer fuego a la tierra*». Apasionado por Dios y el Reino, Jesús quiso contagiar al mundo y a la humanidad con su pasión. Trajo nueva esperanza a los pobres, los enfermos, los marginados y los condenados; luchó y venció el egoísmo, la violencia, la injusticia, el pecado y la muerte. Quería que sus discípulos abrazaran este mismo proyecto y, inflamados por el fuego del Espíritu, fueran testigos del Evangelio en todo el mundo. Hoy, es a través de las acciones de estos discípulos que el «fuego» de Dios continúa calentando y purificando el mundo.

En la **segunda lectura**, un «maestro» cristiano de la segunda mitad del siglo I, dirigiéndose a cristianos asustados, complacientes y desmotivados, los invita a reavivar su fe y entusiasmo. La vida cristiana es como una carrera hacia una meta donde Cristo nos espera. Quien quiera ganar debe comprometerse seriamente en la carrera, manteniendo la mirada puesta en Cristo, sin dejarse distraer ni retrasar por los accidentes del camino.

Jeremías 38, 4-6. 8-10

Durante el sitio de Jerusalén, los jefes que tenían prisionero a Jeremías dijeron al rey: "Hay que matar a este hombre, porque las cosas que dice desmoralizan a los guerreros que quedan en esta ciudad y a todo el pueblo. Es evidente que no busca el bienestar del pueblo, sino su perdición".

Respondió el rey Sedecías: "Lo tienen ya en sus manos y el rey no puede nada contra ustedes". Entonces ellos tomaron a Jeremías y, descolgándolo con cuerdas, lo echaron en el pozo del príncipe Melquías, situado en el patio de la prisión. En el pozo no había agua, sino lodo, y Jeremías quedó hundido en el lodo.

Ebed-Mélek, el etiope, oficial de palacio, fue a ver al rey y le dijo: "Señor, está mal hecho lo que estos hombres hicieron con Jeremías, arrojándolo al pozo, donde va a morir de hambre".

Entonces el rey ordenó a Ebed-Mélek: "Toma treinta hombres contigo y saca del pozo a Jeremías, antes de que muera". **Palabra de Dios**

CONTEXTO

Jeremías nació en Anatot, una pequeña ciudad cercana a Jerusalén, alrededor del año 650 a. C., y ejerció su misión profética desde el 627/626 a. C. hasta después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios (586 a. C.).

La época de Jeremías fue un tiempo de gran inestabilidad política y social. Cuando Jeremías asumió su misión profética, el rey Josías estaba llevando a cabo una importante reforma religiosa destinada a desterrar del país el culto a dioses extranjeros, tras décadas de infidelidad a Dios y sincretismo religioso. Jeremías, en esa época, se involucró en la reforma religiosa de Josías, instando a los habitantes de Judá a convertirse y ser fieles a Yahvé.

Sin embargo, en el año 609 a. C., Josías murió en Meguido en batalla contra los egipcios. Tras unos meses de inestabilidad, el trono de Judá fue ocupado por Joaquín (609-597 a. C.). Judá regresó a un camino de incertidumbre e inseguridad. Las injusticias sociales, a veces fomentadas por el propio rey, debilitaron irreparablemente el tejido social de Judá; la política de alianzas militares con potencias extranjeras puso en peligro la independencia nacional. Jeremías también comprendió que, al depositar la esperanza de la nación en ejércitos extranjeros, los líderes de Judá demostraban su falta de confianza en Dios. Convencido de que Judá había superado todos los obstáculos, Jeremías anunció en cierto momento la inminente invasión babilónica que castigaría los pecados de la nación. Las funestas predicciones de Jeremías se cumplieron: en el año 597 a. C., Nabucodonosor invadió Judá y deportó a parte de la población de Jerusalén a Babilonia.

Sedecías (597-586 a. C.) ascendió entonces al trono de Judá. Inicialmente, se mantuvo al margen de las agitaciones políticas que agitaban a la población de la región; pero tras unos años de serena sumisión a Babilonia, Sedecías volvió a experimentar con la antigua política de alianzas con potencias regionales, buscando la ayuda de Egipto contra Babilonia. Jeremías volvió a expresar su desacuerdo, prediciendo un desastre para la nación; pero ni el rey ni los notables del país hicieron caso a la opinión del profeta. Considerado por todos un amargo "*profeta de fatalidad*", Jeremías solo logró crear vacío a su alrededor.

En el año 587 a. C., Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió Jerusalén; sin embargo, un ejército egipcio acudió en ayuda de Judá y los babilonios se retiraron. En ese momento de euforia nacional, Jeremías anunció la reanudación del asedio y la destrucción de Jerusalén (cf. Jer 32,2-5). Acusado de traición, el profeta fue encarcelado (cf. Jer 37,11-16). Es en este contexto que se desarrolla la escena narrada en la primera lectura de hoy.

MENSAJE

El profeta Jeremías, convencido de la inevitable derrota de Judá, había aconsejado a los habitantes de Jerusalén que no resistieran a los babilonios, pues era la única manera de salvar sus vidas. Los hombres fuertes del partido que abogaba por la resistencia contra los invasores babilonios (Sefatías, Godolías, Jucal y Pasjur; cf. Jeremías 38:1), indignados por la retórica derrotista de Jeremías, acudieron al rey Sedecías y exigieron la muerte del profeta (Jer 38:4).

Sedecías tenía a Jeremías en alta estima; pero, falto de valor para oponerse a las exigencias de los poderosos, consintió en el silencio del profeta (cf. Jer 38:5). Arrojado a un pozo lleno de lodo, sin nada que comer, Jeremías fue condenado a una muerte lenta (cf. Jer 38:6). Pero un esclavo etíope —Ebed-Mélec— que servía en el palacio real intercedió por Jeremías y obtuvo su liberación del profeta por parte del rey de Judá (cf. Jer 38:7-10).

Este dramático episodio no fue un incidente aislado en la vida de Jeremías. Su misión profética lo obligó a vivir en constante tensión y le causó un gran sufrimiento. Por naturaleza, cordial y sensible, Jeremías no estaba hecho para la confrontación, la agresión ni para las palabras o los gestos violentos... Pero Yahvé lo llamó a ser su voz en el mundo y le confió la misión de «arrancar y derribar, destruir y demoler» (Jer 1:10), predecir la desgracia y anunciar la violencia y la muerte. Jeremías, impulsado por el poder de Dios, se sintió impulsado a vivir al servicio de la Palabra. En cierto momento, confesará a Dios: «Señor, me engañaste, ¡y fui engañado! Me dominaste y me venciste. Soy objeto de burla, y todos se burlan de mí. Cada vez que hablo, es para proclamar 'violencia', 'opresión'. La palabra del Señor se ha convertido para mí en motivo de insulto y burla día tras día» (Jer 20,7-8). A pesar del sufrimiento,

Jeremías siente que no puede ignorar la misión a la que Dios lo ha llamado. Apasionado por la Palabra de Dios, el profeta se pone completamente a su servicio, incluso si eso significa violar su propia forma de ser, vivir al margen, distanciarse de su familia, amigos y conocidos, y enfrentarse al odio de los poderosos.

Jeremías es el prototipo del profeta que da su vida para que la Palabra de Dios resuene en el mundo y en la vida de los hombres. No piensa en sí, en su comodidad, en su bienestar, en su éxito social o profesional; solo piensa en anunciar fielmente los planes de Dios a la humanidad, para que esta pueda construir la historia con Dios y desde su perspectiva.

En la parte final del texto, se cumple la promesa de Dios, expresada en el relato del llamado de Jeremías: «*No temas, yo estaré contigo para librarte*» (Jer 1,8). A través del sentido de justicia y la valentía de un esclavo extranjero, Dios interviene y salva a Jeremías. Se confirma una vez más que Dios siempre está del lado de quienes proclaman fielmente su Palabra y que no abandona a los profetas perseguidos y marginados por el mundo y los poderosos.

ACTUALIZACION

* La historia del profeta Jeremías es la historia de todos los profetas que se toman en serio la misión que Dios les confía. El profeta es un hombre de la Palabra de Dios, de la Palabra de verdad; y la Palabra de Dios perturba, inquieta, denuncia y desafía a los amos del mundo. Tarde o temprano, el testigo profético choca con quienes basan sus vidas en el egoísmo, la arrogancia, la ambición, la codicia y la mentira; tarde o temprano, el testigo profético cuestiona a quienes son complacientes, se esconden tras su propio bienestar, asentados en una vida sin exigencias ni compromisos. Entonces, el profeta comienza a ser criticado, ridiculizado, calumniado, maltratado, amenazado... En muchos casos, el camino del profeta conduce al martirio, a la muerte violenta. En la historia reciente de nuestro mundo, tenemos numerosos ejemplos de profetas que pagaron con su vida su fidelidad a la verdad de Dios: el arzobispo Óscar Romero, Mahatma Gandhi, Martin Luther King, Dietrich Bonhoeffer, Maximiliano María Kolbe... ¿Somos conscientes de que la verdad de Dios sigue escribiéndose en la historia humana con sacrificio, con sangre, con el don de la vida? En nuestra opinión, ¿vale la pena dar la vida, incluso la entrega total de uno mismo, para que los valores de Dios sigan proponiéndose en nuestro mundo?

*¿Quiénes son los profetas? ¿Personas de una raza especial, diferentes de los demás hombres y mujeres? No. Los profetas son simplemente personas que, a lo largo de su vida, dan testimonio de Dios entre sus hermanos y hermanas. Esta es la misión confiada a todos aquellos que han elegido a Dios y que, el día de su bautismo, se comprometieron con Él. De hecho, en el momento de nuestro bautismo, fuimos ungidos con el óleo crismal y constituidos profetas a imagen de Jesús. Nos comprometemos, en este día, a continuar la obra de Jesús: proclamar el amor de Dios a todas las personas, dar testimonio y construir el Reino de Dios. ¿Nos sentimos profetas, investidos por Dios con la misión de construir un mundo de justicia y paz? ¿Somos coherentes con nuestra vocación profética y buscamos fielmente ser testigos de Dios entre nuestros hermanos y hermanas?

*En un momento crítico de la vida de Jeremías, Dios vino a salvarlo a través de un esclavo extranjero. Este hecho demuestra que Dios no abandona a sus profetas, perseguidos, humillados y arrojados al fango por los poderosos del mundo. Esto no significa que Dios los libre de la muerte; significa que Dios siempre estará a su lado, como una presencia amiga y reconfortante, dándoles la fuerza que necesitan para llevar a cabo la misión que se les ha encomendado. Es posible que, en el ejercicio de nuestra misión profética, seamos incomprendidos, heridos, calumniados y maltratados; es posible que, debido a nuestro compromiso con la verdad, nos sintamos abandonados por todos y experimentemos una profunda soledad... Sin embargo, de una cosa podemos estar seguros: Dios nunca abandonará a sus profetas; estará a su lado, apoyándolos, cuidándolos, incluso a través de alguien tan improbable como aquel esclavo extranjero que salvó a Jeremías de la muerte. ¿Somos conscientes de que Dios siempre está a nuestro lado y lucha con nosotros para vencer el mal?

Salmo 39

R. Señor, date prisa en ayudarme.

Esperé en el Señor con gran confianza;
él se inclinó hacia mí
y escuchó mis plegarias.

R. Señor, date prisa en ayudarme.

Del charco cenagoso
y la fosa mortal me puso a salvo;
puso firmes mis pies sobre la roca
y aseguró mis pasos.

R. Señor, date prisa en ayudarme.

El me puso en la boca un canto nuevo,
un himno a nuestro Dios.

Muchos se conmovieron al ver esto
y confiaron también en el Señor.

R. Señor, date prisa en ayudarme.

A mí, tu siervo, pobre y desdichado,
no me dejes, Señor, en el olvido.
Tú eres quien me ayuda y quien me salva;
no te tardes, Dios mío.

R. Señor, date prisa en ayudarme.

Hebreos 12, 1-4

Hermanos: Rodeados, como estamos, por la multitud de antepasados nuestros, que dieron prueba de su fe, dejemos todo lo que nos estorba; librémonos del pecado que nos ata, para correr con perseverancia la carrera que tenemos por delante, fija la mirada en Jesús, autor y consumidor de nuestra fe. Él, en vista del gozo que se le proponía, aceptó la cruz, sin temer su ignominia, y por eso está sentado a la derecha del trono de Dios.

Mediten, pues, en el ejemplo de aquel que quiso sufrir tanta oposición de parte de los pecadores, y no se cansen ni pierdan el ánimo, porque todavía no han llegado a derramar su sangre en la lucha contra el pecado. Palabra de Dios.

CONTEXTO

La "Carta a los Hebreos" (más que una "carta", es una "homilía") se dirige a las comunidades cristianas que atraviesan momentos difíciles. La falta de entusiasmo de muchos de sus miembros para vivir su compromiso cristiano se ve agravada por la hostilidad de sus enemigos y la confusión que ciertos predicadores heterodoxos que enseñan doctrinas extrañas causan en la fe de la comunidad. Se trata, por tanto, de comunidades debilitadas, cansadas y desanimadas que necesitan redescubrir su entusiasmo inicial, revitalizar su compromiso con Cristo y comprometerse con una fe más coherente y comprometida.

En este sentido, un "maestro" cristiano (quizás un discípulo del apóstol Pablo) se ofrece a presentarles el misterio de Cristo, el sacerdote por excelencia, cuya misión es conectar a los creyentes con el Padre e insertarlos en este Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana. Una vez comprometidos con Cristo, los creyentes están llamados a hacer de su vida un sacrificio continuo de alabanza, entrega y amor. De esta manera, el autor ofrece a los cristianos una profundización y ampliación de la fe primitiva, capaz de revitalizar una experiencia de fe debilitada por la hostilidad del entorno, la complacencia, la monotonía y el enfriamiento del entusiasmo inicial. Las referencias al culto practicado en el templo de Jerusalén como una realidad aún presente parecen sugerir que esta «Carta» fue escrita antes de que el templo fuera destruido por los romanos en el año 70.

El texto que se nos propone pertenece a la cuarta parte de la carta (cf. Heb 11,1-12,13). En ella, encontramos un llamamiento a la fe y a la constancia o perseverancia. Tras presentar una auténtica galería de personajes del Antiguo Testamento que fueron ejemplos de fe (Abel, Enoc, Noé, Abraham, Sara, Isaac, Jacob, Moisés, Rahab, Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas), el «maestro» que elaboró esta reflexión exhorta a los cristianos a vivir fielmente su compromiso con Jesús. Es una petición que cobra todo el sentido en el contexto de poco compromiso en el que viven las comunidades cristianas a las que se dirige la Carta.

MENSAJE

Tras presentar a varias figuras del Antiguo Testamento que, gracias a la firmeza y fortaleza de su fe, dejaron un recuerdo imborrable (cf. Heb 11,1-40), el autor de la carta exhorta a los destinatarios a imi-

tar sus ejemplos y a perseverar en la fe. El ejemplo ajeno siempre reconforta y motiva; nos hace comprender que no estamos solos en el camino.

Esta exhortación se ilustra con una imagen (frecuente en la catequesis cristiana primitiva – cf. 1 Co 9,24-27; Gál 2,2; Flp 2,16; 3,13-14; 2 Tim 2,5) tomada del atletismo (Heb 12,1): Los cristianos deben ser como los atletas que corren con determinación y compromiso hacia una meta y que demuestran valentía, fuerza y voluntad de victoria. Las figuras mencionadas anteriormente como modelos de fe son los espectadores que, en las gradas del estadio, observan, animan y aplauden el esfuerzo y la perseverancia de los creyentes... Para que nada pueda obstaculizar esta carrera hacia la victoria, los "corredores" deben desprenderse del peso del pecado (egoísmo, conformismo, complacencia, cobardía, autosuficiencia), pues este peso adicional será un obstáculo que les impedirá correr libremente y llegar victoriosos a la meta.

Continuando con la metáfora de la "carrera", el autor de la Carta invita a los "atletas" a no distraerse y a mantener la mirada fija en la "meta". Ahora bien, la "meta" es Cristo, y en la meta está Cristo (cf. Hb 12,2). Él, renunciando a un camino de comodidad y gloria humana, permaneció fiel a Dios y cumplió su plan. Él, con confianza en Dios, con pleno sentido de obediencia al Padre, enfrentó la cruz, la violencia, la mentira y el mal. Gracias a su perseverancia, venció a la muerte, fue exaltado y se sentó a la diestra del trono de Dios. Llegó a la meta como vencedor. De esta manera, Cristo abrió el camino a los creyentes y les mostró cómo proceder para alcanzar la nueva vida, que es el premio que les espera después de la carrera.

En su carrera, los cristianos deben ser alentados por el ejemplo de Cristo (cf. Heb 12:3). Este ejemplo les dice que no pueden conformarse, sino que deben seguir entregándose por completo, sin dejarse vencer por el desánimo. Ya han recorrido parte del camino, pero aún necesitan seguir esforzándose por alcanzar la meta («Todavía no has resistido hasta el punto de derramar tu sangre en tu lucha contra el pecado» – Heb 12:4).

ACTUALIZACION

+ Los destinatarios de la Carta a los Hebreos eran muy conscientes de las dificultades que presenta el camino cristiano. Conocían la hostilidad y la incompreensión del mundo, las luchas divisionistas dentro de la comunidad, la arrogancia de algunos "maestros" que buscaban imponer sus visiones personales a todos; también conocían el desánimo, la complacencia, el cansancio, el abatimiento, la monotonía, la fragilidad; todo aquello que impide vivir en fidelidad al Evangelio... Esta es una situación que, para nosotros, los creyentes del siglo XXI, no es desconocida. Nos enfrentamos a cada paso a los ataques injustificados de quienes no comprenden nuestra elección por Jesús; somos ridiculizados constantemente por quienes no aprecian la verdad y se sienten incómodos con nuestro testimonio; a menudo nos avergonzamos de las divisiones dentro de la Iglesia, del testimonio negativo que muchos cristianos dan al mundo, de la falta de comprensión y misericordia al acoger a los "pequeños" y humildes. Nos sentimos constantemente mal por nuestra falta de compromiso, nuestra superficialidad, nuestra inconsistencia... ¿Qué debemos hacer ante todo esto? ¿Desanimarnos? ¿Rendirnos?

+El autor de la Carta a los Hebreos invita a los cristianos a seguir corriendo, sin desanimarse, siempre con la mirada puesta en la meta. El premio que nos espera —la vida verdadera— es demasiado precioso; no podemos renunciar a alcanzarlo. ¿Cómo nos sentimos ante todo esto? El "maestro" cristiano que legó la Carta a los Hebreos recomendó que, durante nuestra "carrera", no apartáramos la mirada de Cristo, "guía de nuestra fe y autor de su perfección". De hecho, Cristo, a lo largo de su "carrera", nunca cedió a la tentación, nunca eligió el camino que requería menos esfuerzo, nunca persiguió sus propios intereses; sino que buscó obedecer al Padre en todo, incluso si el camino que el Padre le indicó implicaba la vergüenza de la cruz, el don de la vida hasta el final. Lo cierto es que, al final de este viaje, Cristo encontró la victoria, la glorificación; y, por lo tanto, "está sentado a la diestra de Dios". En la "carrera" de la vida, ¿es Cristo nuestra referencia? ¿Tenemos siempre presente el ejemplo de Cristo? ¿Estamos dispuestos a arriesgarnos a recorrer el mismo "camino" que Él recorrió, el camino de la cruz, de la entrega total de sí por amor?

+El autor de la Carta a los Hebreos invita a los creyentes a liberarse del pesado fardo que llevan, que les impide correr libremente hacia la meta donde les espera la victoria. De hecho, a lo largo del cami-

no de nuestra vida, a menudo cargamos con pesos insoportables —historias de vida, heridas que nunca sanan, culpas sin resolver, prejuicios, apegos a personas y cosas— que nos impiden caminar libremente hacia una vida con sentido. ¿Cuáles son los pesos que cargamos, que limitan nuestros movimientos y condicionan nuestras decisiones y nuestra libertad? ¿Qué podemos hacer para liberarnos de todo esto?

Lucas 12, 49-53

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Tengo que recibir un bautismo, ¡y cómo me angustio mientras llega!

¿Piensan acaso que he venido a traer paz a la tierra? De ningún modo. No he venido a traer la paz, sino la división. De aquí en adelante, de cinco que haya en una familia, estarán divididos tres contra dos y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra".

Palabra del Señor.

CONTEXTO

Mientras camina hacia Jerusalén, Jesús "forma" a sus discípulos (cf. Lc 9,51-19,28). Quiere que, en su camino, dejen atrás sus visiones personales, sus intereses estrechos, sus ilusiones de poder y grandeza, y abracen la lógica de Dios, los valores del Reino de Dios.

Por lo tanto, cada paso del camino a Jerusalén está marcado por una "lección" de Jesús. Los discípulos, confrontados con lo que escuchan, crecen en la fe, maduran en su adhesión al "Maestro" y profundizan en su comprensión del Evangelio. Al final de este "viaje", estarán mejor preparados para dar testimonio del Reino de Dios.

Lucas sitúa diversos materiales en el contexto del viaje a Jerusalén que los otros sinópticos sitúan en contextos diferentes. A veces, estos materiales aparecen en forma de "dichos", al estilo sapiencial, siguiendo el modelo del paralelismo judío. Estos "dichos", originalmente inconexos, ahora aparecen conectados según la conveniencia teológica de Lucas.

Los tres dichos del Evangelio de hoy se encuentran entre los textos más enigmáticos de todo el Nuevo Testamento. Lucas 12:49 presenta una dificultad particular, compuesta por palabras desconocidas para el vocabulario de Lucas. Quizás surgió de alguna conversación apocalíptica, sugiriendo que el mundo antiguo desaparecería para dar paso al Reino de Dios.

Tal como Lucas los organiza en su texto, estos tres dichos sirven para hablar de la misión y el destino de Jesús, según el esquema «misión (Lc 12:49), destino (Lc 12:50), misión (Lc 12:51-53)».

MENSAJE

Dios envió a Jesús al mundo con una misión. ¿Cuál es esta misión? Según las palabras de Jesús, su misión es traer fuego a la tierra (*"He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!"* – v. 49). ¿Qué es este "fuego"? ¿Qué quiere decir Jesús?

En el mundo bíblico, el "fuego" tiene un significado simbólico complejo. En el Antiguo Testamento, es, sobre todo, un elemento que aparece en la escena de las teofanías (cf. Éxodo 3:2; 19:18; Dt 4:12; 5:4, 22, 23; 2 R 2:11) para representar la santidad divina, una santidad que provoca simultáneamente atracción y temor en el hombre. El fuego revela la presencia del Dios vivo; pero, al mismo tiempo, infunde temor. La catequesis de Israel profundiza en todo esto extensamente, deteniéndose en la idea del «temor» y, en última instancia, utilizando la imagen del fuego para representar la intransigencia de Dios ante el pecado. En el discurso profético, el «fuego» ya aparece como imagen de la ira de Dios (cf. Amós 1:4; 2:5) derramada sobre las naciones pecadoras (cf. Isaías 30:27, 30, 33) y sobre el propio Israel. Por otro lado, si bien castiga, el fuego también hace desaparecer el pecado (cf. Isaías 9:17-18; Jeremías 15:14; 17:4, 27); por lo tanto, también se le menciona como un elemento de purificación y transformación (cf. Isaías 6:6; Eclesiástico 2:5; Daniel 3). En la literatura apocalíptica, el fuego aparece con frecuencia como imagen del juicio escatológico (Isaías 66:15-16): el «*día de Yahvé*» será como fuego purificador (cf. Mal 3:2); será un día ardiente como un horno, en el que los arrogantes y los malvados arderán como paja (cf. Mal 3:19) y en el que toda la tierra será devorada por el fuego del cielo de Dios (cf. Sof 1:18; 3:8). De este

fuego que devora, purifica y transforma el pecado, nacerá un mundo nuevo, sin pecado, de justicia y paz sin fin.

La frase atribuida a Jesús probablemente deba entenderse en este contexto. Jesús es consciente de que vino al encuentro de la humanidad con la misión de ponerla en contacto con la santidad de Dios. Esto incluye destruir el egoísmo, la injusticia, la opresión y el mal, para que de las cenizas de este viejo mundo surja un nuevo mundo de amor, solidaridad, fraternidad, justicia y paz (el «Reino de Dios»). El ardiente deseo de Jesús es que su propuesta encienda los corazones y transforme toda la tierra. Es muy probable que Lucas vincule la realización de este nuevo mundo con la venida del Espíritu Santo, que representa precisamente al comienzo del libro de los Hechos de los Apóstoles mediante la imagen de lenguas de fuego (cf. Hch 2,13). El Espíritu Santo, el fuego de Dios, encenderá los corazones de los discípulos, los guiará a lo largo de su camino por la historia y los conducirá a dar testimonio de la propuesta de Jesús por toda la tierra.

Para cumplir su misión, Jesús debe «ser bautizado» (v. 50). «Ser bautizado» es sumergirse en las aguas, ahogar en ellas la antigua vida y emerger de ellas con una nueva vida. Jesús ciertamente piensa en su inmersión en las aguas de la muerte. De hecho, la conexión entre ser bautizado y experimentar la muerte está muy presente en la catequesis cristiana primitiva. San Pablo diría, al respecto, que «por el bautismo fuimos sepultados con Cristo en la muerte, para que, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos en una vida nueva» (Rom 6,4). Jesús usa la expresión «recibir el bautismo» en otra circunstancia: cuando pregunta a Santiago y Juan si están dispuestos a beber del cáliz que él beberá y recibir el bautismo que él recibirá (cf. Mc 10,38). Aquí también, la expresión parece referirse claramente a la inmersión en la muerte. Por otro lado, la consideración «Estoy ansioso hasta que (este bautismo) se cumpla» expresa la tensión de Jesús, quien desea cumplir la petición del Padre. Para que el «fuego» de Dios, transformador y purificador, se manifieste en el mundo, Jesús debe hacer de su vida un don de amor, hasta la cruz. Del don de Jesús, de su sacrificio en la cruz por la humanidad, nacerá el nuevo mundo, un mundo purificado y transformado.

¿Qué sucederá cuando la misión de Jesús se complete y el "fuego" que trae incendie el mundo? Jesús advierte que esto provocará división y conflicto (v. 51-53), como lo había previsto el anciano Simeón al acoger a María, José y al niño. Jesús en tiempos de Jerusalén («Este niño está destinado a la caída y al levantamiento de muchos en Israel, y a ser señal de contradicción» – Lc 2:34). Pero ¿no es la “paz” un don mesiánico (cf. Lc 2,14.29; 7,50; 8,48; 10,5-6; 11,21; 19,38.42; 24,36)? ¿No se afirma claramente, por boca del anciano sacerdote Zacarías, que el papel del Mesías será guiar a la humanidad “por el camino de la paz” (Lc 1,79)?

El “dicho” de Jesús que nos presenta el Evangelio de este domingo se refiere ciertamente a reacciones ante la persona de Jesús y la propuesta que vino a ofrecer. Todo lo que Jesús vino a proponer con sus palabras, sus gestos, su persona, interpela a la humanidad y exige una postura. No deja a nadie indiferente. Algunos acogen la propuesta de Jesús con entusiasmo y pasión; otros reaccionan a ella. Lo rechazan progresivamente sin contemplaciones. Esta «división» se sentirá incluso dentro de la propia familia, como resultado de las diferentes decisiones que cada persona toma al enfrentarse a Jesús. Las primeras comunidades cristianas debieron ser muy conscientes de esta realidad.

Jesús vino a traer paz, pero una paz exigente, que no se logra con medias tintas, que no se conforma con medias verdades, que no se construye con tímidas concesiones. Es una paz que nace de un compromiso firme y decidido con el Reino de Dios.

Las palabras de Jesús que escuchamos hoy se dirigen a todos sus discípulos, los de ayer, los de hoy y los de mañana. Jesús quiere que lo sigan, que se dejen abrasar por el «fuego» que él trae y que abrasen, sin miedo ni vacilación, el proyecto del Reino de Dios.

ACTUALIZACION

+ Desde pequeño, Jesús supo que el Padre le había confiado una misión. Esta misión consistía en dar testimonio del amor de Dios y proponer un mundo nuevo a la humanidad, un mundo construido sobre los valores de Dios. Jesús abrazó esta misión con toda la fuerza de su corazón. En una imagen muy expresiva, Jesús dijo estar animado por el "fuego" de Dios. Su pasión por Dios y el Reino brillaba en cada pala-

bra que pronunciaba y en cada gesto que realizaba. Esta pasión contagiaba a todos los que encontraba y traía nueva esperanza a quienes vivían ahogados en la sombra de la muerte: los pobres de Galilea que no tenían pan para sus hijos, los enfermos, abatidos y sin perspectivas, los pecadores condenados por la sociedad y la religión del Templo, los creyentes sinceros que no se identificaban con una religión vacía y estéril... Los amos del mundo intentaron extinguir el "fuego" de Jesús hundiéndolo en la muerte y arrojándolo al silencio de una tumba; pero Jesús se apareció vivo de nuevo a sus discípulos, derramó sobre ellos el "fuego" del Espíritu y los envió al mundo para dar testimonio de lo que habían visto y oído. Así, el "fuego" de Jesús atravesó el tiempo y la historia y llegó hasta nosotros. ¿Nos contagiamos del "fuego" de Jesús, de su pasión por Dios y el Reino?

+El "fuego" que Jesús trajo a la tierra es también un "fuego" purificador, que busca "quemar" la basura que contamina el mundo y arruina la vida humana: el egoísmo, la injusticia, la esclavitud, la opresión, la autosuficiencia, la arrogancia, la ambición, la codicia, la violencia, la mentira, el miedo, el conformismo, la indiferencia, el mal en sus mil y una formas. Jesús quería que el Reino de Dios surgiera de las cenizas de este viejo mundo, destruido por el "fuego" purificador de su propuesta: un mundo de amor, justicia, paz, reconciliación, fraternidad, solidaridad y respeto a la dignidad de cada ser humano y de la creación. ¿Nos sentimos "habitados" por el "fuego" de Jesús y, como Él, estamos dispuestos a combatir todo lo que corrompe nuestro mundo y trae sufrimiento a la humanidad? ¿Hay alguna "basura" en nuestra vida personal que deba ser quemada para que el Hombre Nuevo emerja en nosotros?

+Jesús dijo que anhelaba recibir "un bautismo" que lo llevara a sumergirse en la muerte y emerger a la nueva vida de resurrección. El día de nuestro bautismo, también nosotros fuimos sumergidos en agua y resurgimos como personas nuevas, comprometidas con Jesús y su plan. Morimos a la vieja vida de pecado y resucitamos a la nueva vida. Entonces, seguimos nuestro camino, entre las consolaciones de Dios y las vicisitudes de la vida. Sin embargo, con el paso del tiempo, la rutina, el cansancio, la monotonía, la costumbre y la trivialización de la existencia extinguieron el "fuego de Dios" que ardía en nosotros y que nos fue dado el día de nuestro bautismo. Nos hemos asentado en una fe rutinaria, compuesta de ritos externos, tradiciones anticuadas, palabras vacías y una "doctrina" que ignora las exigencias de la vida. Asentados, complacientes y fríos, vagamos por la vida sin chispa, aferrándonos a valores efímeros, navegando a poca distancia de la tierra, sin arriesgarnos y sin involucrarnos verdaderamente en la construcción de un mundo según Dios. ¿Qué podemos hacer para reavivar en nosotros el "fuego de Dios" que recibimos el día de nuestro compromiso bautismal?

+Jesús reconoce que su propuesta puede causar divisiones y conflictos, incluso dentro de la propia comunidad familiar. En realidad, la propuesta de Jesús es exigente, desafía valores, estilos de vida, zonas de confort, tradiciones venerables, hábitos consagrados y actitudes tímidas. Por lo tanto, no todos estarán dispuestos a aceptarla. Hoy, veintiún siglos después de Jesús, las cosas no han cambiado: la propuesta de Jesús sigue inquietando y desafiando a la gente, generando posiciones contradictorias y cuestionando la "paz podrida" que muchos eligen para que sus vidas fluyan con fluidez y sin incomodidad. ¿Cómo nos posicionamos al respecto? ¿Estamos dispuestos a abrazar la radicalidad del Evangelio de Jesús, incluso si conlleva enfrentamientos, tensiones e incomprendimientos? Cuando la cultura dominante propone caminos que contradicen abiertamente los valores del Evangelio, ¿la seguimos para evitar problemas o nos mantenemos firmes en nuestra fe? ¿Nos conformamos y nos resignamos al orden injusto y opresor, o adoptamos una postura profética, denunciando todo lo que amenaza la dignidad y la vida de los seres humanos?